



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Vargas Muñoz, Juvenal

Edmund Husserl y José Blanco Regueira: paralelismo de críticas fundamentales
Contribuciones desde Coatepec, vol. En3, núm. 10, enero-junio, 2006, pp. 17-26

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28121003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Edmund Husserl y José Blanco Regueira: paralelismo de críticas fundamentales

JUVENAL VARGAS MUÑOZ*

El título del presente escrito a primera vista a algunos lectores parecerá osado, se pensará que posiblemente la distancia entre ambos pensadores es incommensurable, uno de ellos —caso de Husserl— es considerado un hito del pensamiento filosófico de occidente. El otro, y debido a la cercanía tanto en tiempo como en afectos se creará que se plantea al lado del hito más por el susodicho afecto que por sus méritos como pensador. Cabe hacer mención que el autor de estas líneas está consiente de las posibles críticas por la supuesta diferencia de estatura entre los dos pensadores aquí traídos a colación, sin embargo, espero mostrar que la legitimidad de la compaginación entre ambos pensadores no se funda en el afecto —que en realidad esta implícito y del cual me sería imposible despojarme, pues José Blanco aparte de mi maestro fue y sigue siendo para mí una persona entrañable— tal compaginación la fundo en la idea expresada por Eduardo Nicol: cuando un pensador proclama no sólo lo hace para su crecimiento particular, sino que lo hace para contribuir con un grano más para el desarrollo de la historia de la Filosofía, en la cual están inmersos todos aquellos que de modo serio y riguroso trabajan sobre tales pensamientos y proclamas consideradas como filosóficas. Así pues; al seguir esta idea se parte del supuesto de que lo importante son los hilos de pensamiento que los filósofos tienden entre sí, —hilos conductores por los cuales corre la tradición y sus problemas—. De esta manera; la distancia entre un pensador considerado un hito, sin el cual sería imposible concebir la Filosofía contemporánea tal como la conocemos —caso de Husserl— y un filósofo contemporáneo aquejado por el mismo tábano filosófico y también pendiente de los mismos

* Licenciado en Filosofía, actualmente cursa la Maestría en Humanidades en la UAEM.

problemas y vectores por los cuales se conduce la Filosofía contemporánea — caso de José Blanco— es realmente nula. De modo que, si la empatía o intento de compaginación entre el pensamiento de ambos filósofos se ve bajo la luz que revela los motivos que propician la reflexión de tales pensadores, se observará que el puente tendido entre ellos mediante el presente artículo intenta ser de una legitimidad plenamente filosófica.

1. Radicalidad de las críticas

Leer a Edmund Husserl o a José Blanco Regueira no es tarea fácil, ambos dan por sentado que el lector es poseedor de amplios conocimientos sobre la historia del pensamiento filosófico, además de este requisito inicial de saberes se necesita disposición por parte del lector incluso para la humillación, más aún si su lector es un trabajador de la Filosofía, podría decirse incluso que la disposición tendrá que ser llevada hasta las bofetadas mismas. Una lectura paciente y rigurosa de ambos filósofos revela la dureza de sus pensamientos para con los filósofos. Las críticas de Husserl y de Blanco se extienden hasta el corazón mismo del quehacer filosófico; de tales críticas, el trabajador de la Filosofía que se acerca de ellas no sale indemne, ya no sale de una sola pieza después de la lectura, incluso las convicciones más profundas sobre su saber y su quehacer en gran número de ocasiones suelen salir fracturadas, rotas, demolidas hasta sus cimientos. Críticas profundas, sin miramientos, poderosas y a la vez dolorosas. Después de la pluma de ambos filósofos la Filosofía y el filósofo resienten los estragos, los cambios de dirección en el proceder intelectual de sus respectivos lectores son palpables. Críticas que no sólo revisan, ambas son críticas que mellan, que hienden, revisiones que despedazan, que no piden cuentas de modo medroso, exigen con fiereza de la Filosofía y del filósofo cuentas sobre su actividad, sobre su proceder. Ambos se muestran como filósofos mordaces con sus lectores, y aun más con el trabajador de la Filosofía. Para Husserl el filósofo de su tiempo es un farsante, para Blanco un bufón.

El saber filosófico quizás sea el único que puede jactarse de una tradición tan larga, más de veinticinco siglos de periplos filosóficos deberían avalar su estatuto de cientificidad, tal condición añeja debiese bastar para legitimar tanto su proceder como a las personas dedicadas a tales avatares. Husserl demuestra que la tradición filosófica, su riqueza y su larga trayectoria no son suficientes, que la Filosofía no ha logrado la claridad y rigurosidad tan deseadas y tan buscadas en sus proclamas. Más aún, propone a principios del siglo

xx a una Filosofía en crisis, profundamente dañada y limitada, carente de conocimientos fundamentales; tenemos saberes dice Husserl pero eso no significa que tengamos una ciencia filosófica o de cualquier otra índole en sentido estricto. Decir esto sobre el saber sistemático más antiguo lleva como corolario desnudar las ciencias en general, exponer que el hombre no dispone de ningún saber fundamental, de ningún saber cristalino no es algo que permita al conocimiento y al hombre salir de una sola pieza después de tal revisión.

José Blanco podría insertarse en esta línea de crítica; para el autor de *Estulticia y terror* el hombre tampoco posee ningún conocimiento —él se atreve a ir más lejos que Husserl— llámese fundamental o de cualquier otro tipo, el hombre sólo posee representaciones sobre el mundo y al parecer también sobre sí mismo. El hombre a decir de José Blanco está condenado a la inopia, a la oscuridad, a las tinieblas emanadas de sus propias representaciones, si no hay verdades fundamentales, si la evidencia llamada apodíctica sigue ausente, si la ciencia y la Filosofía avanzan pero no logran ni fundamentar su propia actividad ni aclarar del todo su estatuto ontológico, cómo rebatir las poderosas críticas husserlianas o las lacónicas y lapidarias críticas de Blanco Regueira. Ambos pensadores al final de su vida apuestan por la desconfianza, por la crítica, la lisonja complaciente con la Filosofía y el filósofo al parecer les es por completo ajena. Husserl es un demolidor sistemático, las pruebas lógicas, filosóficas y científicas sobre la inopia intelectual del hombre saltan de sus obras como una cascada que hace mella en la Filosofía y el filósofo, sobre su proceder y sus conquistas. José Blanco, mediante pensamientos que cobran la fiereza del epíteto, muestra no sólo la limitación del proceder filosófico sino también su imposibilidad. Husserl deja a un lado la sutileza y la complacencia y sin miramiento alguno llama a los filósofos de su época farsantes; Blanco tampoco sabe de sutilezas si de calificar al trabajador de la Filosofía se trata; Blanco ríe, no muestra el sonrojo husserliano, se muestra menos pudoroso, ser farsante según Blanco no está del todo mal, algún provecho puede sacarse de tal farsa y tal farsante, la farsa puede bien verse como una sátira, bien puede ser un divertimento, el farsante bien puede seguir representando su papel sin pudor y sin sonrojo, sus colores en el rostro bien pueden ser entendidos como colorete que no sólo le recubre, que no sólo le oculta, al contrario le muestra tal y como es ante los demás farsantes, para Blanco Regueira el farsante husserliano ha mutado, ahora es expuesto por él como un bufón, y no sólo denuncia la mutación, exige voz en pecho su reconocimiento pleno: grita desafortadamente para que el filósofo le escuche y voltee el rostro, porque se siente

aludido: ¡ponte rojo —ahora no por sonrojo sino por gusto— y serio bufón, para que los demás piensen que tu quehacer guarda alguna dignidad!

Pensadores que nada saben de lisonjas y zalamerías, pensadores que desconfían y someten a prueba la dignidad de la ciencia, del saber, de la Filosofía. Filósofos que donde posan sus revisiones descubren engaño y espanto, Husserl desconoce deliberadamente la seriedad y rigurosidad del filósofo de su época; Blanco le concede al filósofo contemporáneo el grado de estulto obcecado por seguir manteniendo la idea según la cual su quehacer posee alguna dignidad, recrimina incluso su seriedad. Husserl mediante la crítica vira a la Filosofía —hasta su muerte dirá Eduardo Nicol—, Blanco mediante sus insidiosas revisiones vira también a la Filosofía, no hacia su muerte sino hacia el atisbo de su imposibilidad como ciencia, imposibilidad de su avance y de su muerte misma. Su clausura, a decir de Blanco, también es tarea de necios, muchos pensadores se han afanado en matar el saber filosófico, en clausurarlo de una vez y para siempre —algunos incluso sin proponérselo como es el caso de Husserl—; esto para Blanco también significa cierto grado de necedad, la Filosofía como ciencia es imposible. El farsante Husserliano y el bufón presentado por Blanco se lamentan con el mismo encono su falta de saberes apodícticos.

2. Husserl

En la actualidad aún tenemos congresos llamados
filosóficos donde asisten los filósofos, pero desafortu-
nadamente la Filosofía es la gran ausente.

Edmund Husserl, *Investigaciones lógicas*.

Leer cualquiera de las obras de Edmund Husserl no es tarea fácil, el grado de complejidad de las mismas exige talento a cántaros —frase gustada por Eduardo Nicol para designar a los fenomenólogos—. Quizás el verdadero problema no sea sólo lograr ello, tal vez lo angustiante sea entender a cabalidad sus proclamas, abismarse con él en ese mar de incertidumbre que reflejan la mayoría de sus obras, abismarse con Husserl a la Filosofía es caer en un pozo sin fondo del cual difícilmente se puede salir.

A principios del siglo xx y después de hacer una revisión sobre los principios en los cuales se fundan las ciencias más prolijas de la época que tan vertiginosamente se desarrollaban, Husserl emite su dictamen: según el pensador alemán su época es una época de ignorancia, de oscuridad, de simula-

ción, de farsa sobre saberes fundamentales y fundamentantes, Husserl proclama que absolutamente todos los saberes de los que hasta el momento dispone el hombre son saberes que de ninguna manera son cristalinos en sus principios, tenemos ciencias que no pueden dar cuenta ni de sus principios ni de su proceder, por lo tanto hemos de concluir —dice Husserl— que no poseemos ningún saber en el estricto sentido de tal palabra.

Esta sentencia husserliana sobre la carencia de saberes puede ser entendida y planteada como un gran bofetón sobre los orgullosos científicos de finales del siglo XIX y principios del siglo XX que tan satisfechos estaban de sus desarrollos y aplicaciones tecnológicas. Conjuntos de saberes inconexos entre sí, saberes cojitrancos en lo que a su fundamentación respecta, saberes que proceden sin basamento, saberes sembrados en barro que al primer vientecillo de crítica se desmoronan. La omisión de una elucidación rigurosa de tales basamentos científicos convierte a los hombres de ciencia del siglo XIX en blanco de las agudas e incisivas críticas de Husserl. La denuncia husserliana sobre la inopia intelectual de occidente con el transcurrir de los años y a lo largo de toda la obra de Husserl va cobrando tintes más duros, más incisivos; si en *Investigaciones lógicas* se duda del estatuto científico de los saberes, en *La crisis de las ciencias europeas* la crítica se extiende hasta la denuncia no sólo del estatuto científico poco claro, ahora se denuncia la deshumanización del mundo y del hombre por la ciencia misma —que paradoja—, ciencia carente de finalidades, pérdida del *humus* en grandes parcelas de actividad humana, búsqueda del confort a costa de todo, incluso a costa de la dignidad misma, ciencia como principal mascarada del mundo, científico como creador de artilugios que vuelven ciego al hombre en el vacío afán de domeñar al mundo.

Tomemos nuestro punto de partida en un cambio de valoración general con respecto a las ciencias, ocurrido a fines del último siglo, éste no se refiere ahora sólo a su carácter científico, sino a lo que ellas, a lo que la ciencia en general, han significado y puede significar para la existencia humana. La exclusividad con la que, en la segunda mitad del siglo XIX, toda la cosmovisión del hombre moderno se dejó determinar por las ciencias positivas, y se dejó deslumbrar por la ‘prosperity’ debida a ellas, significó un alejamiento indiferente a los problemas que son decisivos para el auténtico humanismo. Meras ciencias de hechos hacen meros hombres de hechos. Las cuestiones que las ciencias excluyen por principio son los problemas candentes para los hombres entregados a conmociones que ponen en juego su destino en nuestros tiempos infortunados: las cuestiones acerca del sentido o sinsentido de toda la existen-

cia humana, ¿no requieren también estos problemas, en su generalidad y necesidad para todos los hombres reflexiones generales y respuestas basadas en una perspectiva racional y radical? (Husserl, 1984: 9-10).

Entender este tipo de premisas a cabalidad significa verse desnudo. Esa es la gran moraleja presente a lo largo de la poderosa obra filosófica de Edmund Husserl: somos ese rey desnudo que se pasea ante el quórum haciendo aspavientos que llamen la atención sobre su maravilloso vestido, la desnudez nos ahoga.

Valga esta fortísima crítica de principios del siglo pasado para el campo de la ciencia en general. Ahora hablemos un poco del mayor de los farsantes y de la farsa montada con notabilísima astucia. Hablemos del filósofo en general desde la perspectiva que Edmund Husserl plasma de él.

Según Husserl el filósofo ya no filosofa, finge que lo hace, no es más un pensador, se ha vuelto un orador, un retórico huero, se finge, se miente, se posa, cualquier congreso, cualquier coloquio es sólo una pasarela donde los egos de los pseudofilósofos se nutren, la dignidad de tales congresos y coloquios ha sido suplantada por la simulación, la perorata sustituye el diálogo “serio y en reciprocidad”. Husserl, el matemático vuelto filósofo, denuncia la superficialidad de su nuevo campo, la banalidad de los autonombados filósofos, gente extraña que encubre su limitación y miseria intelectual detrás de la bambalina proporcionada por una jerga de difícil comprensión —“entre más rebuscado es el lenguaje más ignorante resulta el poseedor de tal lenguaje” se escucha decir a Schopenhauer, frase *ad hoc* a pesar de ser dicha mucho tiempo antes de la crítica de Husserl—. La denuncia husserliana a este respecto es contundente y aplastante. Según el autor de las *Meditaciones cartesianas*, lo que nos queda de la Filosofía son sólo apariencias, engaños, farsas bien montadas por engañadores profesionales. Desde su obra intitolada *Investigaciones lógicas*, proclama la terrible denuncia contra los filósofos de su época; tal recriminación se recrudecería más con el tiempo, volviéndose más aguda al alcanzar su clímax en el texto intitolado *Meditaciones cartesianas*, donde Husserl ya no repara en ningún tipo de formalismo y califica a los filósofos de la época como pseudofilósofos. Veamos a continuación una cita extraída de dicho texto que hace la alusión directa a la crítica aquí señalada.

El estado de disgregación actual en el que se encuentra la Filosofía, con su desorientada actividad, nos da qué pensar. Si tratamos de considerar a la Filosofía occidental desde el punto de vista de la unidad de una ciencia, no puede dejar de reconocerse, desde mediados del siglo pasado una decadencia

con respecto a épocas precedentes. Dicha unidad se ha perdido, tanto en la determinación del fin como en el conjunto de sus problemas. En lugar de una Filosofía viviente de modo unitario, tenemos una literatura filosófica que crece hasta la desmesura, pero sin coherencia interna, tenemos pseudoexposiciones y pseudocríticas, la mera apariencia de un filosofar serio y en reciprocidad (Husserl, 1979: 37-38).

Pseudofilosofar, es decir, aparentar, mentir sobre el pensar, el filósofo de finales del siglo XIX para Husserl no sólo es ignorante —recuérdese la orfandad intelectual por él demostrada—, también es un farsante, alguien que pseudofilosofa, alguien que miente, que sólo aparenta, que disfraza su ignorancia de sapiencia —“corderos rosados y regordetes disfrazados con la piel del león” se le escucha decir a propósito a Erasmo de Rotterdam—. Resulta irónica la actualidad de tales denuncias husserlianas. La pseudoexposición y la pseudocrítica sigue siendo en la actualidad moneda de uso corriente. La farsa y los farsantes que Husserl denuncia son los bufones que José Blanco hace objeto de su risa silenciosa.

3. Existencia y verdad alrededor de José Blanco¹

No tengo por sabios a esos que consideran que el alabarse a sí mismos sea la mayor de las tonterías y de las inconveniencias, ¿hay cosa que más cuadre sino que la misma estulticia sea trompetera de sus alabanzas y cantora de sí misma? [...] «hace bien en alabarse a sí mismo aquel que no encuentra a otro que lo haga».

Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura o encomio de la estulticia*.

Hagamos una paráfrasis breve sobre una de las obras importantes de José Blanco, intentemos una reflexión a guisa expositiva sobre la visión crítica que él expone en algunos de sus trabajos finales, las siguientes líneas merodearan entre las palabras vertidas por José Blanco en su artículo intitulado “¿Qué es eso de la Filosofía? Razón o embrutecimiento”, publicado hace dos años, este artículo perfila dentro de la obra del autor de *La odisea del liberto* una visión

¹ Sirva el título del presente apartado para invitar al lector a consultar una de las obras principales de José Blanco: *Existencia y verdad alrededor de Kierkegaard*.

recalcitrante sobre el trabajo filosófico. Para plantear sobre la imagen que Blanco vierte del filósofo nos apoyaremos en su última conferencia: *La lidia del pensamiento*.

Husserl habla de ciencias desordenadas, de pseudosaberes, de ciencias corruptoras de la dignidad humana. Blanco lleva la crítica más lejos, quizás hasta algunas de sus últimas consecuencias. Blanco no repara en formalismos metódicos, ni cifra su crítica en una construcción sistemática tal como lo hace Husserl; la crítica de Blanco para con la Filosofía es más directa, más frontal y sin ningún tipo de miramientos, mientras que la crítica husserliana tiene como encomienda el intento de una fundamentación radical del saber —de cualquier tipo de saber, y en especial del filosófico—, la revisión que hace Blanco no intenta ya tal reforma —reforma que desde su perspectiva es una ingenuidad que raya en la necedad—. Blanco critica, pero la revisión descarna a la Filosofía misma, intenta mostrar de modo lacónico que luchar por la conquista del saber —llámese saber fundamental o de cualquier otro tipo— es una batalla perdida incluso desde antes de comenzar; desde este punto, Blanco asume que el no reconocimiento de tal derrota es lo que cifra nuestra obcecación, nuestra enfermedad.

Husserl propone saberes “poco claros”. Blanco propone saberes que embrutecen, la claridad de sus supuestos fundamentos es lo de menos para José Blanco; lo que se analiza con Blanco es la resaca que provocan determinados saberes, examinar las propiedades soporíferas, vomitivas e incluso carminativas de los saberes, en particular del saber filosófico. Filosofía como bebedizo que provoca un tipo de somnolencia, filtro que provoca embrutecimiento. Embrutecimiento y no claridad es lo que según Blanco se busca y se logra, la claridad, el exceso de claridad según este filósofo podría provocar la muerte. Husserl pareciera atestiguar sobre este punto referente al exceso de claridad, en la quita de sus *meditaciones cartesianas* se atisba como la muerte, o la soledad de la conciencia, “solus ipse”, puede darse por el exceso de claridad. En su quinta meditación cartesiana el lector puede observar como la meditación, la reflexión filosófica llevada hasta sus últimas consecuencias, se convierte en un intento desgarrador que pide regresar la conciencia si bien ya no al mundo, sí simplemente al diálogo con los otros hombres, la soledad a la cual condena la lucidez, la claridad puede resultar más aterradora que la ignorancia a la que nos puede condenar el mismo mundo, el mundo en esta meditación husserliana parece dividirse en dos: el mundo vivido o de la vida, “el de la lebenswelt” y el mundo pensado o de la conciencia. Así pues, según Blanco,

tanto nuestro embrutecimiento como nuestra estulticia son los escudos más sólidos con los que contamos ante el terror —después de Husserl emanado tanto del exterior como del interior—. El embrutecimiento como un don no deseado, incomodo y repulsivo pero a la vez como el paliativo, como el oasis del mundo y el terror que el mismo mundo y la conciencia nos infringe. En algo más parecen convenir ambos filósofos: la pérdida del humos para uno, el embrutecimiento para el otro, parece “provenir no de un debilitamiento de sus capacidades sino de la exacerbación de las mismas” (Blanco, 2003: 16).

Hablemos ahora brevemente del hombre dedicado a la Filosofía, hablemos del filósofo, del supuesto farsante desenmascarado por Husserl, del bufón vilipendiado por Blanco.

El presente apartado comenzó con un epígrafe tomado del *Encomio a la estulticia* de Erasmo de Rotterdam, al parecer tal desenmascaramiento del pensador se ha intentado desde siempre, Sócrates hace una exposición² similar con los llamados sofistas de su época, Aristóteles con su *Organón*³ intenta reducir la simulación al mínimo, y así como ellos la lista de pensadores que exigen seriedad en el proceder filosófico sería bastante larga, aun así, tales pensadores rigurosos y radicales en sus peticiones serían perlas de a libra inmersos en un gran marasmo de simulación.

El pseudofilósofo de Husserl bien podría ser el estulto de Erasmo que trompetea y quiebra guijarros sobre su cabeza para llamar la lisonja sobre sí mismo, tal pseudofilósofo-estulto podría bien ser también el bufón que mediante una seriedad premeditada pretende revestir su estulticia de una sapiencia inexistente. ¡Ponte serio bufón para intentar que alguien crea tus fantocherías!, grita José Blanco a todo lo largo y ancho de la *Lidia del pensamiento*. Intercala algunas frasecillas provenientes de otros idiomas en tus escritos para que los otros piensen que sabes algo, dice Erasmo. Asiste al congreso y oculta tu rostro tras espantosas y rebuscadas jergas, proclama Husserl. Estos pensadores en ninguna parte de sus escritos exigen del filósofo perlas de sabiduría, evidencias rebosantes de apodicticidad, no exigen jamás respues-

² Entendamos aquí la palabra *exposición* como poner frente-a, como exhibir algo, dispendiar atención sobre-de.

³ Franz Brentano en un estudio dedicado a Aristóteles propone la brillante idea según la cual una de las principales funciones que debería cumplir el tratado de lógica de Aristóteles era lograr que los llamados sofistas ciñeran su pensamiento a reglas de tipo formal, fuera de las cuales sería ilícito teorizar, esto con el fin de evitar la confusión y la simulación. Este texto de Brentano se titula *Aristóteles* y se tradujo en la editorial *Revista de Occidente* en 1935.

tas, simplemente protestan por la falta de rigurosidad y la excesiva complacencia con la apariencia, con la lisonja siempre a flor de labios. Exigen del pensador la rigurosidad propia del desgarramiento que significa pensar y pensarse hasta las últimas consecuencias; un filósofo que no resulta insidioso para estos tres pensadores simplemente no filosofa. Así pues, las piruetas que ejecute el bufón blanquiano, el colorete en el rostro y la piel de lobo en la espalda del estulto propuesto por Erasmo, la perorata ilegible del farsante husserliano, no están del todo mal, lo terrible es que al escuchar tales denuncias volteemos el rostro, y pensemos que es a otro a quien están dirigidas sus palabras, pensar que no nos atañen es cerrar los ojos pensando que las bofetadas de las cuales hablábamos al inicio del presente trabajo pararan frente a nosotros de largo, eso sí es ingenuo. Prueba de embrutecimiento en notabilísimo grado.

Si la compaginación entre ambos filósofos ofrecida en las líneas que ahora concluyo sigue pareciendo de una disparidad de estatura intelectual pido que dispendien un poco de su paciencia sobre el mismo. Para concluir el presente trabajo permítaseme apropiarme por esta ocasión del epílogo con el cual José Blanco cierra su brillante artículo “¿Qué es eso de la Filosofía?”

Sólo me resta recordar lo siguiente: que hay en todos nosotros un animal sacrificado, una bestia inocente y enferma capaz aún si bien ya sin fuerzas de sublevarse contra el embrutecimiento de la razón y de hacer ver en su ejercicio imperial tan sólo un rosario de síntomas mórbidos, de advertencias deprimentes de desahucios. Ojalá que la muerte valiera al fin un poco más que la cloaca histórica que fuimos habituados a designar como “presente” (Blanco, 2003: 7).

Referencias

- Blanco, José (2003), “¿Qué es eso de la Filosofía? Razón o embrutecimiento”, en Rush González (comp.) *¿Qué es eso de la Filosofía? Razón o embrutecimiento*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Erasmo de Rotterdam (1953), *Elogio de la locura o encomio de la estulticia* [Pedro Voltes, trad.], Madrid, Espasa-Calpe.
- Husserl, Edmund (1929), *Investigaciones lógicas* [José Gaos y Manuel García Morente, trads.], Madrid, Revista de Occidente, 2a. ed., vol. iv.
- (1984), *La crisis de las ciencias europeas*, [Hugo Steimberg, trad.], México, Editorial Folios.
- (1979), *Meditaciones cartesianas*, [Mario A. Presas, trad.], Salamanca, Ediciones Paulinas.